



PALABRAS DE LA H. EMILIA GONZÁLEZ
EN EL ENCUENTRO NACIONAL DE MFA EN GRANADA
5 de noviembre de 2016

Buenas tardes.

Con mucha alegría vengo a este Encuentro Nacional de MFA.

¡Quién me iba decir a mí, hace dos años, cuando nos reunimos en Valencia, que hoy estaría dirigiéndome a vosotros! Una vez más los caminos de Dios nos sorprenden, y aquí me tenéis.

Agradezco al Consejo ejecutivo de MFA todo el tiempo y el trabajo que dedican para que el Movimiento se vaya consolidando.

Gracias a nuestros anfitriones de MFA Granada que nos han acogido con tanto entusiasmo.

Gracias a todos los que os habéis desplazado a esta maravillosa ciudad.

Gracias también a todos los que no han podido venir pero que nos acompañan haciéndose presentes con su recuerdo y oración.

He pensado mucho sobre qué tendría que decirlos, he orado y, al final, voy a servirme de una poesía que Madre Alberta le dedicó al ermitaño Elías de Valldemossa. Dice así:

*Soy un tronco carcomido,
torcido, nudoso, seco,
al que cercan frescas plantas
con su aroma mereciendo
no se arranque el viejo tronco
que las viene sosteniendo,
prestando su pobre arrimo
a los tallos, que están tiernos,
y van dando óptimos frutos
siempre aumentando y creciendo;
todo para mayor gloria
del Divino Jardinero.*

No sé en qué pensaba Madre Alberta cuando escribía este poema. Seguramente, con los tallos verdes, estaba haciendo referencia a las vocaciones jóvenes que estaban llegando a la Congregación. Lo que quizá no pudo prever es que Dios, para quien el tiempo no cuenta, sabía que de ese tronco carcomido, torcido, nudoso y seco - así es como ella misma se describe - surgirían con fuerza otros tallos y ramas verdes, con hojas y flores distintas, pero del mismo árbol, alimentándose de la misma savia, que le iban a dar más altura y belleza.



¿Sabéis a quién me estoy refiriendo? ¿no es cierto? A vosotros, miembros de MFA.

Vosotros sois esos tallos verdes que ahora, con nuevo empuje, con la frescura de la novedad, hacen embellecer y crecer el viejo Tronco, y siempre, como dice Madre Alberta, “para Gloria del Divino Jardinero”.

Vosotros sois ese regalo que el Señor, sin duda ninguna y por mediación de la Virgen de la Pureza, ha querido hacernos a la Congregación. Vosotros sois los que, juntamente con las hermanas, extendéis nuestro carisma, sois los portadores de los valores del Evangelio en el corazón del mundo. Vosotros sois los que vivís la espiritualidad de Madre Alberta en las múltiples actividades donde os encontráis: en el seno de la familia, del trabajo profesional, en la vida social, en el ámbito de la economía y de la cultura.

Vosotros sois las ramas verdes del viejo Tronco. Pero, ¿os habéis preguntado por qué ese viejo Tronco sigue reverdeciendo con el paso del tiempo y sacando nuevas ramas y nuevos brotes? Lo más habitual es que un tronco viejo se seque y se destine a alimentar el fuego. Entonces, ¿de dónde saca su fuerza este Tronco? Podemos encontrar la respuesta en la Palabra de Dios. Dice el profeta Jeremías:

“Bendito es el hombre que confía en el SEÑOR, cuya confianza es el SEÑOR. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces junto a la corriente; no temerá cuando venga el calor, y sus hojas estarán verdes; en año de sequía no se angustiará ni cesará de dar fruto” (Jer.17,8).

¿Acaso no reconocemos en este texto una de las características de la vida de Madre Alberta? Su total confianza en el Señor, su abandono en manos de la Providencia, su búsqueda de la voluntad de Dios. Sí, podemos decir que en ella se cumple este texto del profeta y que es bendita porque confió ciegamente en el Señor.

Ella nos exhortaba: *“Seamos como debemos y Dios cuidará del sostén y prosperidad que nos convenga; no temamos, confiemos en el mejor de los Padres” (Cartas, n.341). “Tranquilidad en manos de la Providencia, ella dirige los acontecimientos según a la gloria de Dios convienen” (Cartas, n.188).*

Todos sabemos que de un tronco seco no salen ramas ni tallos verdes, a no ser que esté conectado por sus raíces a las corrientes de agua. Cuando estuve en Camerún me impresionaba el ver los árboles tan altos y tan fuertes, la razón es que tienen agua en abundancia porque llueve mucho. Lo mismo en Nicaragua, caen las primeras lluvias y todo brota con fuerza.

Y podemos seguir preguntándonos: ¿Dónde estaban agarradas las raíces de este viejo Tronco? ¿Qué tierra le rodeaba? ¿A qué manantiales de agua se acercaban sus raíces?

Porque nosotros lo que vemos de una planta es lo que sale fuera de la tierra: ramas, hojas, flores, frutos... Pero lo que da vida a todo lo exterior está oculto. La raíz no se ve y, sin



embargo, es ella la que sostiene el tronco, le alimenta y da la vida a todo lo que es visible. ¡Cuanto más grande es el árbol, más fuertes y profundas son sus raíces!

Podemos decir de Madre Alberta que estaba enraizada en Dios. Vivía desde la raíz. Jesús era la razón última de todo su quehacer cotidiano. El eje sobre el que giraba toda su vida. *“Para mí sólo tiene importancia lo que agrada a Dios”,* decía.

¡Qué bien había entendido la Madre las palabras de Jesús!: *“El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: ‘de sus entrañas manarán ríos de agua viva’”* (Jn 7, 37). Jesucristo era su fuente, se acercaba a beber a Él a través de la oración, de la Palabra, de los sacramentos y de las personas que se encontraba en su camino.

¿No es acaso todo esto lo que define vuestra espiritualidad en el Proyecto de Vida? Decís: se centra en Jesucristo, se enraíza en La Palabra de Dios, se refuerza en la oración personal y comunitaria, se alimenta de la Eucaristía, se identifica con María...

Jesús, fue un enamorado de la naturaleza, sus comparaciones y sus parábolas sobre el Reino se inspiraban en lo que observaba en ella. Nos dice:

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo. (...) Así que por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,16-20).

Estaréis de acuerdo conmigo en que esto se le puede aplicar a la Madre, pues fue conocida por sus frutos. Sus contemporáneos pudieron apreciar el atractivo que su personalidad irradiaba y la grandeza de la obra que realizó. Nosotros, su permanencia a través del tiempo y su capacidad de renovación y adaptación.

Queridos amigos:

El Viejo Tronco lleva **la savia del Espíritu** que se derramó abundantemente sobre Alberta Giménez cuando, fiándose de Dios, dejó todo para entrar en la Pureza. Este mismo Espíritu sigue desbordándose hoy en su Obra. Recorre el viejo Tronco llenándolo de vida. Vosotros, nosotras, somos esas ramas que deben dar fruto y fruto abundante.

Y, ¿cuál es ese fruto?, podéis preguntaros.

El fruto que se espera de nosotros lo tenéis resumido en el lema de este encuentro y que ha sido el del año jubilar: *“Misericordiosos como el Padre”*.

Madre Alberta nos enseña, con su vida, cómo vivió la misericordia: los gestos de ternura, disponibilidad y preocupación por los otros, hasta en lo mínimos detalles. Sus contemporáneos veían en ella una mujer humilde, cercana, acogedora. Cada persona era alguien importante para ella. Impresionan su humanidad, su amplitud de miras, su libertad interior. Fue misericordiosa porque se había encontrado con Jesús, el buen Samaritano, y se había dejado curar por Él todas las heridas - que no fueron pocas - y luego escuchó con el corazón: *“Vete y haz tu lo mismo”* (Lc



10, 25-37). Quien experimenta la misericordia de Dios en su vida se convierte en misericordioso para con los demás, pues no puede menos que practicar y anunciar lo que ha vivido. Y eso es lo que hizo la Madre.

Para vivir dando fruto como ella, estamos llamados:

- A profundizar en nuestra espiritualidad albertiana e ignaciana.
- A desarrollar y a vivir los desafíos del Capítulo general XXVI, que también nos invitan a la misericordia.
- A buscar iniciativas que nos hagan compartir más la Misión.
- A comprometernos e implicarnos en nuestra Iglesia y en nuestro Mundo.

Y para todo esto recordemos las palabras de Jesús: *“El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada”* (Jn 15,5).

Y de Madre Alberta:

*No se arranque el viejo tronco
que las viene sosteniendo,
prestando su pobre arrimo
a los tallos, que están tiernos,
y van dando óptimos frutos
siempre aumentando y creciendo;
todo para mayor gloria
del Divino Jardinero.*

En este año jubilar hemos atravesado muchas puertas de la misericordia. Pero hay una puerta que, si la atraviesas, tu vida cambia. Es la puerta que va desde el corazón de la Virgen al corazón de Dios. No tengamos miedo de acercarnos a Ella, es la Reina y Madre de misericordia. Madre Alberta se sentirá feliz porque al lado del Divino Jardinero, tal como le nombra ella, está la Virgen cuidando las ramas más tiernas. No podemos pensar en la Pureza sin pensar Ella.

Y termino. Hace unos días les comenté a las novicias que iba a dirigirlas unas palabras y les hice esta pregunta: ¿Que le diríais vosotros a MFA? Y una de ellas me contestó enseguida: “Recuérdales que están llamados a la santidad”. Como veis la novicia, en una palabra, me hizo la síntesis de todo cuanto he querido deciros.

Tenemos los medios, sabemos el camino, pues adelante: ¡seamos santos!

Muchas gracias,



H. Emilia González García
Superiora general